

TOMO CUARTO.

LA FE Y LA RAZON.

Capítulo primero.—Estado de la cuestion. Método que vamos á seguir. **Discusion y Exposicion.**—Despues de haber reconciliado perfectamente la Ciencia con la Revelacion, falta tambien para reconciliar perfectamente la Razon con la Fe: 1.º demostrar invenciblemente, por argumentos palpables é irresistibles, la verdad de la Revelacion divina, la divinidad de Jesucristo y la de la santa Iglesia católica romana; 2.º disipar todas las nubes, amontonadas desde hace tantos años, por respuestas victoriosas á las objeciones de la impiedad y del libre pensamiento; 3.º aclarar con la mayor luz posible los misterios de la Fe.

¿Qué método seguiremos en esta demostracion y en esta refutacion? La dialéctica, la filosofía y la teología escolásticas son excelentes cosas, pero sólo están al alcance de un corto número de espiritus; no se imponen á la inteligencia; excitan más bien que subyugan á la voluntad; no convierten. Si la inteligencia fuese la única parte, seria fácil iluminarla; pero la inteligencia está bajo la influencia, ó mejor dicho bajo el poder de la voluntad; y la voluntad, siempre más ó menos perversa, siempre más ó menos revelada contra la verdad sobrenatural, tiende á presentar esta verdad como inaccesible á la inteligencia. Aquel que ha hecho el mal, dice la misma Verdad, huye y rechaza la luz. Esta influencia de la voluntad sobre la inteligencia colocada en presencia de la verdad, nula ó casi nula cuando se trata de una simple exposicion, deja-

se sobre todo sentir desde que comienza la discusion y sobre todo la demostracion escolástica ó silogistica, resultando de esto que jamás ó casi jamás la discusion determina la conviccion y sobre todo la conversacion. Hago la historia de seis conferencias ó controversias célebres sobre cuestiones religiosas: 1.º la conferencia ó coloquio de Poissy, reunida por Catalina de Médicis. A los argumentos victoriosos por los cuales el cardinal de Lorena y el R. P. Lainez habian establecido el hecho de la presencia real, Teodoro de Beza opuso la imposibilidad del misterio. Probóse el movimiento poniéndose en marcha, persistió en declararlo imposible. 2.º La conferencia de Fontainebleau en presencia de toda la corte. Duplessis de Mornay sólo pudo defender su tesis invocando textos truncados; el cardinal Duperron los rectificó al instante; pero, por más que le desenmascaró, su adversario no concedió nada; sin embargo todos los asistentes declaráronle vencido. 3.º La correspondencia de Bossuet con Leibnitz sobre un proyecto de reunion de católicos y protestantes. Leibnitz estrechado de cerca presto huyó el cuerpo por medio de consideraciones indignas de él y sin relacion alguna con los principios fundamentales de la discusion. 4.º La entrevista de san Francisco de Sales y de Teodoro de Beza. Desde el primer momento, Teodoro de Beza reconoció que la Iglesia católica, Iglesia madre, era la verdadera Iglesia de Jesucristo, y que se podian salvar en su seno. Pero mantuvo hasta el fin que se podian salvar en la Iglesia calvinista, y más fácilmente por este principio absurdo en sí mismo y en contradiccion con el Evangelio y la Tradiccion de que la Fe salva sin las obras. 5.º La conferencia de Bossuet y de Claudio sobre el acto de fe en presencia de Mma. de Durás. Bossuet habia tomado el empeño de hacer admitir á Claudio, tantas veces como quisiera, que, segun las doctrinas del Calvinismo, cada cristiano puede entender la Escritura mejor que los concilios universales, y que el acto de fe es imposible sin un acto previo de infidelidad é incredulidad. Estas dos monstruosidades no desarmaron á Clau-

dio. E' La conferencia entre los teólogos católicos y protestantes sobre la venida de san Pedro á Roma. Pruebo que en cualquier caso, arrojado á sus últimas trincheras y colocado en la imposibilidad de responder, el adversario de la verdad jamás se dá por vencido.

Si hiciese asimismo la historia de las discusiones académicas, políticas, judiciales, pasadas ó contemporáneas, que han tenido el privilegio de preocupar y apasionar la opinion pública, hubiérame visto reducido á probar de nuevo que ninguna ó casi ninguna es terminada por la derrota confesada de uno de los adversarios; que ninguno ó casi ninguno de los luchadores ha tenido el valor de reconocer que su causa era mala.

Un hecho me ha impresionado vivamente en el Evangelio, y es el desden, me atreveré á decir, la aversion, que Jesucristo, la Sabiduría infinita, atestigua por la discusión. Acepta la objeccion y la refuta, pero con una palabra, con un rasgo, sin discutirla jamás. Jesucristo no argumentaba; iba mas lejos; no probaba, propiamente hablando, no demostraba; pero mostraba la verdad, hacíala sensible y palpable por parábolas y figuras. ¿Qué cosa no causa admiracion en esos apólogos tan ingenuos, tan pasmosos, que crean casi invenciblemente la evidencia de la verdad en los espíritus más prevenidos? Me es un deber el recordar, porque son modelos que debemos imitar, las parábolas del Sembrador, de la Higuera estéril, de la Viuda y el Juez del Fariseo y Publicano, del Servidor infiel, de las Diez Vírgenes prudentes y diez tontas, de los Dos Hijos, de los Convidados al festin, de los Viñadores rebelados, del Grano de mostaza, del Tesoro escondido, de la Perla encontrada, de las Redes arrojadas al mar, del Hijo pródigo, etc.

Estas figuras y parábolas salidas de la boca del divino Salvador, que venia á iluminar al género humano todo entero, son una enseñanza que se ha olvidado demasiado. Nos revelan uno de los secretos más ocultos de la razon humana en las condiciones en que la caída origi-

nal la formó. Para llegar á la inteligencia, para hacerle aceptar la verdad, sobre todo la verdad religiosa, es preciso antes que todo desembarazarla, aislarla, sorprenderla en cierta manera en su aislamiento de la voluntad; y entonces de repente, por una figura, por una imagen, por un hecho simple y grandioso, etc., iluminarla con una luz inesperada y muy viva, á la cual no pueda ocultarse ó resistir. Gran sentido hay en estas palabras de un moralista francés: *No discutatis, no convenceréis á nadie; las opiniones son como los clavos; cuanto más se golpean más se hunden.*

No discutiré, pues, sino que, para convencer la razon de la divinidad de la Fe, haré brillar con toda su simplicidad, con toda su pureza, con toda su claridad dulce y bienhechora, la luz de ciertas palabras evangélicas, que son á la vez profecías, milagros y hechos inmensos que han llenado el mundo... Estas son las palabras evangélicas que llamo propiamente *Los Esplendores de la Fe*. Nosotros las poseemos desde los primeros siglos de la Iglesia, antes que fuesen perfectamente cumplidas, y no es de ningun modo necesario, para que tengan todo su valor, que hayan auténticamente salido de la pluma de los evangelistas á quienes se las atribuye. Hélas aqui:

1. «Todas las generaciones de la tierra me dirán bienaventurada.» (Luc., I, 48.)
2. «Mis ojos han visto al Salvador que Tú nos has dado, y ofreces á todos los pueblos, luz que iluminará á las naciones.» (Luc., II, 30, 31, 32.)
3. «Este niño está puesto para la ruina y la resurreccion de muchos.» (Luc., II, 34.)
4. «Este niño está puesto para señal á la que se hará contradiccion.» (Luc., II, 34.)
5. «Venid en pos de mí, y haré que vosotros seais pescadores de hombres.» (Math., IV, 19.)
6. «Sed perfectos, asi como vuestro Padre celestial es perfecto.» (Math., V, 48.)
7. «A los pobres les es anunciado el Evangelio.» (Math., XI, 5.)

8. «Os aborrecerán todos por mi nombre.» (Luc., xxi, 17.)

9. «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» (Math., xvi, 18.)

10. «Y si yo fuere levantado de la tierra, todo lo atraeré hácia mí.» (Juan, xii, 32.)

11. «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros.» (Juan, xiii, 35.)

12. «En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, él también hará las obras que yo hago, y mayores que estas hará.» (Juan, xiv, 12.)

13. «Jerusalén, tus hijos caerán á filo de espada, y serán llevados en cautiverio á todas las naciones... Jerusalén será hollada de los gentiles...» (Luc., xxi, 24 y 25.)

14. «Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado, y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo.» (Math., xxviii, 19 y 20.)

15. «Yo he rogado por tí para que no falte tu fe, y tú ya convertido confirma á tus hermanos.» (Luc., xxii, 32.)

Estos son otros tantos oráculos cuyo cumplimiento estaba fuera y sobre todas las fuerzas humanas. ¡Y se han cumplido! Luego el dedo de Dios está ahí.

Capítulo segundo.—La divinidad de nuestra fe demostrada por las profecías.—La profecía es el anuncio más ó menos anticipado de un hecho contingente. Por hecho contingente se tiene que entender el acto eventual de una voluntad libre, un hecho que no sea el producto necesario de causas físicas ó morales, que pueda ser ó no ser realizado.

La profecía, revelación, á través del tiempo y el espacio, del hecho de una voluntad libre, supone necesariamente una intervención, una inspiración, una revelación

divina, consciente ó inconsciente. No puede, en efecto, haber otra revelación de un acto libre distante, que la revelación de Dios. Sér de séres, que ha sido, es y será, para quien no hay espacio ni tiempo, inmenso á la vez que eterno y todopoderoso, árbitro soberano de las voluntades que inclina á sus fines, dejándolas, ó mejor dicho, haciéndolas libres.

La intervención divina es todavía más necesaria, si esto es posible, cuando la profecía tiene por objeto sucesos sobrenaturales y milagrosos: el poder de predecir confúndese entonces con el poder de producir.

El profeta, en el sentido propio de la palabra, es el hombre privilegiado, á quien y por quien Dios revela ó anuncia sucesos contingentes, que se realizarán, las más de las veces, cuando aquel no exista y allá donde él no habite.

Sentados estos principios, está en nuestro derecho el decir: los grandes objetos de nuestra fe, Jesucristo y su Iglesia, han sido el objeto de numerosas profecías, circunstanciadas y brillantes. Todos los grandes hechos del cristianismo, la Encarnación, la Redención, etc., han sido prometidos, predichos, figurados y preparados con muchos siglos de anticipación por un gran número de hombres; y estos hombres eran evidentemente inspirados, puesto que veían á distancia en el tiempo y en el espacio; luego Jesucristo es Dios, la religión cristiana y la Iglesia son divinas.

¿Quién podrá, en efecto, no ver á Jesucristo en el Mesías, de quien se dijo en el Antiguo Testamento por boca de los profetas: Tendrá un precursor; nacerá en Belén; nacerá de Judá y de David; se manifestará particularmente en Jerusalén; cegará á los doctos y sabios; anunciará el Evangelio á los pobres y á los pequeños; abrirá los ojos á los ciegos y devolverá la salud á los enfermos; introducirá la luz en los que languidecen en las tinieblas; enseñará la senda perfecta y será el preceptor de los gentiles; será víctima por los pecados del mundo; será

á la vez la piedra angular y la piedra de tropiezo ó de escándalo contra la cual se quebrantará Jerusalem; será despreciado, desconocido, vendido, ofendido, atormentado de mil maneras, abrevado en hiel; sus manos y pies serán horadados, se le escupirá en el rostro, será condenado á muerte, y sus vestidos serán sorteados; resucitará al tercer día; subirá al cielo á sentarse á la derecha de Dios; será entonces victorioso de sus enemigos; los reyes de la tierra y todos los pueblos le adorarán; los Judíos continuarán formando una nación, pero andarán errantes, sin rey, sin sacrificios, sin profetas, esperando la salud y no encontrándola; hará nacer un gran pueblo, elegido y santo, á quien conducirá, alimentará, reconciliará con Dios, á quien librará de la esclavitud del pecado, al cual dará leyes que grabará en su corazón, y por el cual, sacerdote según el órden de Melquisedec, ofrecerá el pan y el vino consagrados; será á la vez el doctor de los judíos y de los gentiles; destruirá los ídolos y el culto impío que se les rinde; las naciones más infieles se someterán á su yugo y le adorarán como un solo y único Dios; vendrá cuando el cetro no esté en la tribu de Judá, después de la destrucción de la tercera monarquía, la de los Griegos, durante la duración de la cuarta monarquía, la de los Romanos, setenta semanas de años ó sean cuatrocientos ochenta años después de la reconstrucción de la ciudad de Jerusalem; vendrá al templo reedificado en tiempo de Aggeo y Malaquías y destruido por los romanos.

Las promesas hechas en el Antiguo Testamento á los patriarcas y profetas, los caracteres innumerables atribuidos á Moisés, las particularidades aún las más mínimas de su vida y muerte, los resultados de su misión, ó sea la conversión de los gentiles, son incontestablemente otras tantas profecías que han llegado á ser hechos evangélicos realizados en Jesucristo. Luego Jesucristo es Dios y su Iglesia divina.

No eran suficientes simples predicciones ó anuncios hechos con gran número de siglos de anticipación. Los

hechos más notables de la Redención han sido figurados por sucesos y personajes simbólicos: Isaac, la Serpiente de bronce, Jonás, etc., etc.

Añadamos que estos anuncios irrecusables de tantos hechos, tan eventuales como inverosímiles, están consignados en los libros más antiguos del mundo, fundamento inmutable de la Religión y del gobierno de una gran nación, fielmente guardados por ella, aunque tuvo interés en ocultarlos á las miradas, ó aún en destruirlos, puesto que están llenos de testimonios de su infidelidad, de las más violentas reprensiones, de las más terribles amenazas, etc.; aunque sean, en una palabra, el monumento de su condenación y el triunfo del cristianismo al cual aborrece.

Gracias á las profecías, la religión cristiana es tan antigua como el mundo, porque en todos los tiempos el hombre ha adorado al mismo Dios como su creador, y al mismo Cristo como su salvador. Tuvo sus diversas fases, sus progresos y decadencias, pero ella permanece una en todas las edades de su duración.

Probamos en fin que hay en el mundo un hecho capital que domina á la antigüedad, que ilumina aun las mismas tinieblas del politeísmo, y que prueba elocuentemente que estas misteriosas profecías son divinas: es la esperanza universal de un Dios salvador, este eco de las promesas que el género humano nos envía por las bocas más lejanas: *¡Y Él será la espectación de las naciones!* Toda la tierra habla como Moisés habló. En el primer período de la historia, durante cuatro mil años, el mundo espera y aguarda, en el segundo período el mundo cree y adora. Si, hácia los tiempos de la venida de Jesucristo, todos los pueblos esperaban, sobre la fe de oráculos antiguos, un enviado del cielo que debía regenerarlos, Voltaire, Boulanger, Volney, etc., han proclamado este hecho extraordinario: prueban que se llamaba á este enviado de Dios: «gran mediador, juez final, salvador futuro, Dios, rey único, legislador supremo, etc., que traería consigo la edad de oro á la tierra y libraría á los

hombres del imperio del mal.» Dicen en términos propios: *que era esperado, que no había ningún pueblo que no estuviese en expectativa, y que el punto del globo en que debía nacer podría ser llamado el Polo de la esperanza de todas las naciones.* (Las naciones de la tierra lo han esperado durante diez y ocho siglos.) Desde que Jesucristo apareció ya no le esperan; ¡luego Jesucristo es el Mesías prometido y enviado de Dios! (*Estudios religiosos* de M. Nicolás, t. II, p. 134, t. IV, p. 199.) En fin, todas estas tradiciones parten necesariamente de una fuente común, que no puede ser otra que las Escrituras antiguas y sagradas: *Antiquis sacerdotum litteris*, á las cuales hacías remontar Tácito. Esta universalidad y perpetuidad de la Religión de Jesucristo son pruebas palpables de su divinidad y de la divinidad de su santa Iglesia.

Capítulo tercero.—**La divinidad de nuestra fe probada por los milagros.**—El milagro es una suspensión del curso regular de los fenómenos naturales, una derogación de las leyes de la naturaleza, producida por una voluntad particular y excepcional de Dios, obrando fuera de la voluntad general que rige al universo y le constituye lo que es. Probado está por una experiencia de seis mil años, que el sol permanece, por término medio, doce horas sobre el horizonte: esta es la ley de la naturaleza. Luego, si acontece que, al mandato de un hombre inspirado, el sol permanece diez y ocho ó veinticuatro horas sobre el horizonte, sin ocultarse, esto será una derogación de las leyes de la naturaleza ó un milagro. El milagro es, pues, la acción particular ó excepcional de Dios, sustituyéndose momentáneamente á la acción general y regular que forma el orden de la naturaleza. La primera de estas acciones no supone en su causa, la voluntad de Dios, más poder que la segunda; es solamente caracterizada por su singularidad. El hecho natural es el orden constante y habitual; no se nota. El hecho excepcional y milagroso es el orden alterado; se nota y se admira. La multiplicación

del grano confiado á la tierra y la multiplicación de los panes son hechos del mismo orden, uno natural, el otro sobrenatural ó milagroso.

Antes de ser un hecho sobrenatural ó milagroso, el hecho de la derogación de las leyes de la naturaleza es un hecho físico, que, como todos los hechos físicos, cae bajo el dominio de los sentidos. Del mismo modo se vé y se prueba que el sol permanece doce horas ó veinticuatro sobre el horizonte. El milagro puede por consiguiente llegar á ser metafísicamente cierto para aquel ó aquellos que son el sujeto ó el objeto del mismo, físicamente cierto para aquellos que lo ven, moralmente cierto para aquellos que poseen testimonios oculares dignos de fe.

Negar la posibilidad del milagro es en realidad negar la presencia y la acción de Dios en la naturaleza. Ningun milagro es comparable por su grandeza á los inmensos hechos de la creación y de la conservación de los mundos. Todo hombre que reconoce un Dios creador y conservador del universo, no está, pues, en su derecho, al afirmar la imposibilidad del milagro. En otros términos, negar la posibilidad del milagro es en realidad hacerse ateo. Negar el milagro es también quitar á Dios su voz, el único medio por el cual pueda manifestar su voluntad; es colocar á Dios debajo de todos los seres animados de la tierra, provistos cada uno de la facultad de expresar sus pensamientos, sus deseos y su voluntad. El milagro, en efecto, la derogación de las leyes de la naturaleza, la producción en el interior ó en el exterior de un fenómeno que sale del orden regular de las cosas, es el único medio por el cual Dios pueda entrar en comunicación con sus criaturas inteligentes y libres. Suprimid el milagro, y reduciréis á Dios á la condición de los ídolos que tienen ojos y no ven, orejas y no oyen, manos y no palpan, piés y no andan. Ann los paganos, por un sentimiento innato é invencible, admitían que sus dioses de piedra y madera podían hacer milagros. Se lo pedían, y les expresaban su agradecimiento por los *ex-votos*. En todo caso, el

milagro es al menos la condición esencial de toda revelación hecha ó de toda fe impuesta por Dios á los hombres, de suerte que Moisés, Jesucristo y los Apóstoles debieron por necesidad hacer milagros.

Los milagros son hechos extraordinarios, brillantes, pero que se prueban, se ven, se tocan como los hechos del mundo físico. Es, pues, trastornar todas las leyes de la lógica y constituirse á sí mismo en estado de milagro de sinrazón, decir con M. Renan, el enemigo personal de la divinidad de Jesucristo (Prefacio de la décima tercera edición de la *Vida de Jesucristo*): «Si el milagro tiene alguna realidad, mi libro es un tejido de errores. Si, al contrario, el milagro es cosa inadmisibile, tengo razón en considerar los libros que contienen relatos milagrosos como leyendas llenas de inexactitudes y de errores de partido.»

Lo repetimos de nuevo, los hechos del Evangelio, antes de ser hechos milagrosos, son simplemente hechos perceptibles, del mismo grado que los hechos naturales; aquellos que los cuentan son tan dignos de crédito cuando afirman haberlos visto, como si se tratase de hechos del orden común; en ambos casos es cuestión de testimonios; pues bien, ¿qué testimonios más dignos de fe que el Evangelio y los evangelistas, de los cuales Juan Jacobo Rousseau decía: «¿Cómo rehusar el testimonio de un libro escrito por testigos oculares que lo han firmado con su sangre, recibido en depósito por otros testigos que no han cesado de publicarlo en toda la tierra, por el cual han muerto más mártires que letras hay en sus páginas....? La santidad del Evangelio habla á mi corazón. ¿Es posible que un libro á la vez tan sublime y tan sencillo sea obra de los hombres? Sí, mil veces sí, los apóstoles son los testigos oculares más dignos de fe; en sus personas y palabras está impreso un carácter irresistible de sinceridad y de verdad.»

En el sencillo relato de los innumerables milagros hechos á la luz del día por Jesucristo, nada indica, muy al

contrario, todo excluye la idea de complot, artificio, simulación, invención, coacción. Esos milagros prueban tanto más la divinidad de Jesucristo y de su santa Iglesia, en cuanto todos ó casi todos ellos tienen directa ó indirectamente por objeto y por efecto probar que Él era el Mesías enviado por Dios. Recordémoslos rápidamente en su orden cronológico.

1.° *Los milagros del nacimiento de Jesucristo.*—El canto de los Angeles; *Gloria á Dios, paz á las hombres!* la aparición á los pastores, la estrella y la adoración de los magos, el aviso misterioso que reciben de no volver á pasar por Jerusalem, etc., ¿pudieron ser inventados?

2.° *Bautismo de Jesucristo.*—Después de haber sido bautizado Jesús, y de haber salido del agua, el cielo abrióse, y el Espíritu Santo descendió sobre él bajo la forma de una paloma. Una voz salida del cielo decía: Hé aquí mi Hijo muy amado, en quien me he complacido, oídle. Juan Bautista añade: Este es el Hijo de Dios.

3.° *El agua transformada en vino en las bodas de Caná.*—No tienen vino, dice María madre de Jesús.... Llenad las hidrias de agua.... Sacad ahora y llevad al maestra-sala. El agua estaba convertida en vino.... Este fué el primer milagro de Jesús, manifestó así su gloria, y sus discípulos creyeron en él.

4.° *La conversión de la Samaritana.*—Llama á tu marido.—Yo no tengo.—Verdad dices, porque has tenido cinco maridos, y aquel con quien vives no lo es.... Yo sé que el Mesías debe venir....—Este soy yo....—Venid á ver á un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho....—Muchos creyeron en él... porque escuchándole asegurábanse de que él era verdaderamente el Salvador del mundo.

5.° *Curación del paralítico.*—Hijo mio, tus pecados están perdonados....—¿Quién puede perdonar los pecados sino Dios únicamente?...—Para que sepas que el Hijo del hombre tiene poder de perdonar los pecados, dijo á este paralítico: Levántate: coge tu cama y vete! Este hombre se fué rindiendo un testimonio de gloria á Dios.

6.º *La transfiguración.*—Su semblante era brillante como el sol, sus vestidos luminosos y blancos con una blancura que el arte no puede imitar; Moisés y Elías rodeados de majestad conversaban con él. Una nube luminosa les cubrió, y oyóse una voz que decía: Este es mi Hijo muy amado en quien me he complacido, oídle. Cuando llegó el momento, san Pedro habló de este milagro en términos magníficos, que el humilde barquero del lago de Genesareth no inventó ciertamente: «No hemos hecho conocer el poder y la virtud de la venida de Jesucristo segun doctas fábulas, sino despues de haber sido los espectadores de su majestad. Estuvimos con él en la montaña en que recibió honor y gloria.»

7.º *El ciego de nacimiento.*—Ni este pecó ni sus padres, mas es así (ciego) de nacimiento para que las obras de Dios se manifiesten en él... Es necesario que yo obre las obras de aquel que me envió... Cuando esto hubo dicho, escupió en tierra é hizo lodo con la saliva, y ungió con el lodo los ojos del ciego y le dijo: Vete, lávate en la piscina de Siloé. Se fué, pues, y se lavó, y volvió con vista. (Aquel que se atreviera á decir que este relato es inventado mentiría á su conciencia y al Espíritu Santo.) Y era sábado...—Este hombre no es de Dios, pues que no guarda el sábado...—Nosotros sabemos que este hombre es pecador...—Si es pecador no lo sé: una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo...—Dios habló á Moisés, más este no sabemos de dónde sea...—Cierto que es cosa maravillosa que vosotros no sepáis de dónde es... Si este no fuese Dios, no pudiera hacer cosa alguna...—En pecado todo tú has nacido, y tú quieres enseñarnos... Y le echaron fuera de la Sinagoga... Jesús le halló y le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios...?—¿Quién es Señor para que crea en él?...—El que habla contigo...—¡Creo, Señor! Y postrándose le adoró.

8.º *La resurrección de Lázaro.*—El que amas está enfermo...—Esta enfermedad es para gloria de Dios... Lázaro está muerto, vamos á él...—Si hubierais estado aquí, mi hermano no hubiera muerto...—Resucitará tu hermano... Yo

soy la resurrección y la vida...—Sí, Señor, yo he creído que tú eres el Cristo el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo...—¿En dónde le pusisteis?...—Ven Señor, y lo verás... Quitad la losa...—Ya hiede...—No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios?... Padre, gracias te doy, porque me has oído... Por el pueblo que está alrededor, para que crean que tú me has enviado...—Lázaro, ven fuera! Y Lázaro salió al instante... Muchos creyeron en él.

9.º *La multiplicación de los panes.*—Pasó Jesús á la otra parte del mar de Galilea. Le seguía una gran multitud de gente, porque veían los milagros que hacía...—¡Compañion tengo de esas gentes!...—¿En dónde compraremos pan para que coman estos?...—Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces... Tomó Jesús los panes y los repartió entre los que estaban sentados y asimismo los peces... Todos comieron cuanto quisieron. Cuando se hubieron saciado, recogieron los pedazos que habian sobrado, y llenaron doce canastos. Aquellos hombres, que eran como cinco mil, decían: Este es verdaderamente el Profeta que ha de venir al mundo.

10.º *Jesús anda sobre las aguas.*—Se levantaba el mar con el viento recio que soplabá... A la cuarta vigilia de la noche, vino Jesús hácia ellos andando sobre el mar... el terror les embargó... Pedro le dice: Si tú eres, mandame venir á tí sobre las aguas... Pedro andaba sobre las aguas..., pero tuvo miedo y comenzó á hundirse...—¡Valedme, Señor! Y luego extendiendo Jesús la mano asió de él... Y luego que entraron en la barca, cesó el viento... Y los que estaban en el barco vinieron y le adoraron, diciendo: «Verdaderamente Hijo de Dios eres.»

11.º *Los milagros de la muerte de Jesucristo.*—La ofuscación del sol, las espesas tinieblas que cubren toda la tierra, la tierra que tiembla, las rocas que se hien den, el velo del templo rasgado, los muertos que resucitan, el centurion que baja del Calvario, dándose golpes en el pecho y exclamando: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios, etc., etc., nada de esto pudo ser inventado....

Dionisio Areopagita, testigo de esta ofuscación del sol, esclama: ¡O el Dios de la naturaleza sufre, ó la naturaleza vá á caer en la nada!

12.° *La resurrección de Jesucristo.*—¿Por qué señal nos probarás que tienes el derecho de hacer estas cosas...?—Destruíd este templo y yo lo reedificaré en tres días... Así como Jonás permaneció tres días y tres noches en el seno de la ballena, el Hijo del hombre permanecerá tres días y tres noches en el seno de la tierra. Resucitará al tercer día... A la mañana del tercer día sintióse un gran temblor de tierra... El ángel del Señor bajó del cielo y quitó la piedra... Los guardas espantados cayeron como muertos... Este fué el momento de la resurrección. Antes del día María Magdalena y otra María fueron al sepulcro y lo encontraron vacío. El ángel les dijo:—Buscáis á Jesús que ha sido crucificado; no está aquí, ha resucitado... Despues Jesús manifestóse á Pedro, á los discípulos de Emaús, á todos los apóstoles y particularmente á santo Tomás:—Meté aquí tu dedo, y mira mis manos, y da acá tu mano y métala en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel...—Señor mío y Dios mío...! Y Pedro, el día de Pentecostés, atrevióse á decir á todos los judíos reunidos:—A Jesús de Nazareth, varón aprobado por Dios entre vosotros con virtudes y prodigios y señales, á quien vosotros matasteis, lo ha resucitado Dios, de lo cual somos testigos todos nosotros.

13.° *La ascension de Jesucristo.*—Dentro de poco tiempo no me veréis... Yo voy á mi Padre... Me seréis testigos en Jerusalem y en toda la Judea y Samaria hasta las estremidades de la tierra... Cuando llegó el momento, Jesús llevó á sus apóstoles y discípulos á Bethania; y cuando acabó de hablar, levantó sus manos, los bendijo, y elevándose subió al cielo y ocultóse á sus miradas.

14.° *Venida del Espíritu Santo.*—Estaban todos reunidos en un mismo lugar... Vino de repente un grande estruendo... que llenó toda la casa en que estaban sentados. Y se les aparecieron unas lenguas repartidas como de fuego, y

repositó sobre cada uno de ellos... Y fueron todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron á hablar en varias lenguas. Y acudió mucha gente, y quedó pasmada, porque los oía hablar cada uno en su propia lengua.

15.° *El cojo de la puerta del Templo.*—Jesucristo había dicho á sus apóstoles: Aquel que cree en mí hará los mismos milagros que yo hago, y mayores aun todavía. En efecto los Hechos de los Apóstoles nos dicen: «Divididos los Apóstoles predicaron en todos los lugares, el Señor cooperando con ellos y confirmando su palabra por los milagros que la acompañaban... Sacaban los enfermos á las calles, y los ponían en camillas para que cuando pasase Pedro, al menos su sombra tocase á alguno de ellos y quedasen libres de sus enfermedades...» San Pablo en muchas de sus Epístolas habla de lo que Jesucristo hizo por medio de él para la conversión de los Gentiles, de sus milagros y prodigios. Un día Pedro y Juan iban al templo, y había un hombre que era cojo desde el vientre de su madre, y que les pidió limosna. Pedro dijo: No tengo oro ni plata; pero lo que tengo esto te doy: En el nombre de Jesucristo Nazareno levántate y anda. Al momento fueron consolidados sus piés y plantas, y dando un salto se puso en pié y echó á andar, saltando y alabando á Dios.

Digámoslo de nuevo, es preciso verdaderamente un milagro de ceguedad ó de falta de razon para imaginar y afirmar que estos relatos han sido inventados, que estos brillantes hechos son ilusiones ó mentiras.

En los lugares y en el tiempo en que Jesucristo y los Apóstoles vivieron, y cuando Jerusalem podía contar tantos testigos de sus obras como habitantes, millares de personas de todas condiciones mostráronse de tal manera convencidas que le adoraron como su Dios. La santa Iglesia de Jesucristo, que sólo ha tenido por fundamento los milagros del divino Salvador y de los Apóstoles, está todavía en pié desde hace diez y ocho siglos. Todas las fuerzas de la tierra han querido hacerla bambolear; la ciencia de todos los siglos se ha esforzado en minarla; y se levanta

todavía entre el cielo y la tierra. ¡Este es otro milagro fundado sobre el milagro! Si no le veis, ¿qué vereis! Los escribas, los sacerdotes y fariseos, enemigos de Jesucristo, jamás han negado sus milagros, trataban únicamente de explicarlos por el poder de los demonios. Ningun escritor judío en los primeros siglos del cristianismo ha osado desmentir á los evangelistas. Los dos Talmudes de Babilonia y Jerusalem limitanse á decir muy gravemente que Jesucristo ocultó el nombre inefable de Dios, nombre que basta pronunciarlo para operar los mayores prodigios. Si se juzga por los más sabios apologistas, san Justino, Tertuliano, Orígenes, etc., etc., ni los idólatras, ni los filósofos atrevíanse siquiera á contradecir abiertamente los milagros de Jesucristo y las consecuencias que los cristianos sacaban de las mismas. El mismo Celso los reconoce expresamente y los atribuye á la magia. Es que entonces todos creían en Dios ó en los dioses, y á ninguno pasábale por el pensamiento negar la posibilidad del milagro, de lo maravilloso, de lo sobrenatural que forma el fondo del alma humana. El ateísmo reconocido ó disfrazado del siglo XIX únicamente pudo inventar la tésis, tan impía como insensata, de la imposibilidad del milagro, é inspirar á M. Renan esta explicacion odiosa de los milagros de Jesucristo: «Es, pues, verdad que Jesucristo sólo fué taumaturgo y exorcista á pesar suyo. Sus milagros fueron una violencia que le hizo su siglo, una concesion que le arrancó la necesidad pasajera. Tanto el taumaturgo como el exorcista han cuido, pero el reformador religioso vivirá eternamente» (*Vida de Jesucristo*, 1.^a edicion, p. 268). ¡Pero qué título podia tener á vivir eternamente el miserable reformador que dejábase arrastrar á pesar suyo á hacer *milagros imposibles*, y que iba repitiendo sin cesar que hacia sus milagros en nombre de su Padre con quien dividia todo poder? Esta afirmacion audaz y blasfema de M. Renan es un brillante esplendor de la Fe.

Los milagros son muy raros hoy por una razon que san Gregorio el Grande expone en términos admirables: «Los

milagros son indispensables al principio, cuando la mayoría es todavía infiel, y se multiplican entonces bajo los pasos de los apóstoles del Evangelio; son superfluos cuando la mayoría ha llegado á ser creyente y fiel: *Miracula infidelibus, non fidelibus!*

Pero no es menos verdad que, en la Iglesia católica, y en la Iglesia católica únicamente, con exclusion de todas las Iglesias cristianas (lo que es para ella un carácter pasmoso de divinidad), los milagros no han cesado de producirse en todos los siglos, y son aún hoy todavía numerosos; testigos los lugares de peregrinacion de la santísima Virgen y de los Santos; testigos tambien las informaciones jurídicas relativas á los milagros obrados por los Santos, cuya beatificacion ó canonizacion proclama la Iglesia.

Capítulo cuarto.—*Las notas ó signos característicos de la verdadera Iglesia de Jesucristo.*—La Iglesia es la sociedad de los cristianos, unidos por la profesion de una misma fe, por la participacion á los mismos sacramentos, por la sumision á un solo y único pastor legítimo, representante de Jesucristo. Que Jesucristo haya constituido una Iglesia, y que esta Iglesia subsiste todavía hoy, nadie se atreverá á tener el pensamiento de negarlo. Despues que Pedro hizo su solemne profesion de fe, «Tú eres Cristo hijo de Dios vivo.» Jesús le dice: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» En los Hechos de los Apóstoles, así como en todas las epístolas canónicas, trátase sin cesar de la Iglesia fundada por Jesucristo, adquirida por El al precio de su sangre, á la cual es preciso escuchar bajo pena de ser contado en el número de los paganos ó publicanos. Jesucristo que la llama su reino, el reino de Dios, su herencia, su redil fuera del cual no hay salud, nos ha manifestado las notas ó los signos por los cuales la reconoceremos. Estos signos ó *Notas* de la Iglesia son, segun el órden más lógico, el ser visible, apostólica, única, santa, católica é infalible. Pues bien, estas notas

son propias sobre todo, algunas de ellas exclusivas, de la Iglesia católica, cuyo jefe es el soberano Pontífice romano, y la muestran entre todas como la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Visible.—La Iglesia debía ser una ciudad situada en la cumbre de una alta montaña, una antorcha colocada en el candelero á fin de que brille á la vista de todos. Pues bien, la Iglesia visible por excelencia es la Iglesia católica. Domina á todas las otras por el número y calidad de sus miembros; marcha triunfante á través del tiempo y el espacio; muéstrase con esplendor en su cabeza, sus miembros, sus innumerables santuarios, sus ensalzados lugares de peregrinación. Muéstrase más aún en el odio que se la profesa. Las otras sectas y los ímpíos son como perros encarnizados en su persecución, y aclámanla con gran estruendo por sus mismos ladridos. El 3 de julio de 1877 el mundo católico celebraba el quincuagésimo aniversario del Pontificado de Pío IX, y el mundo entero se conmovió: las miradas y los corazones se dirigían hacia Roma; los vapores y los vagones de los caminos de hierro llénanse de peregrinos, que corriendo como en otro tiempo los Magos, cargados con los más ricos presentes, oro, mirra, incienso, esclaman á su vez: ¡Hemos visto su señal, y del Norte como del Mediodía, del Oriente como del Occidente, venimos á adorarle.

Apostólica.—Jesucristo confió exclusivamente á sus Apóstoles la misión de fundar su Iglesia, gobernarla y perpetuarla; les prometió estar con ellos hasta la consumación de los siglos. Los Apóstoles pusieron en su lugar pastores escogidos, ordenados por ellos, y san Pablo quiere que se les considere como establecidos por Dios, como fieles guardianes de la doctrina y de las tradiciones de la Iglesia de Jesucristo. Pues bien, la sola Iglesia apostólica es la Iglesia romana, de la cual decía ya en su tiempo san Ireneo: «Citamos entre todas á la Iglesia muy grande, muy antigua, conocida por todos, fundada en Roma por los dos más ilustres apóstoles, Pedro y Pablo. La tradición

que viene de los Apóstoles y la fe anunciada á los hombres ha llegado hasta nosotros por la sucesión de sus Obispos. Los nombramos nosotros, y nombrándolos nos confundimos á todos aquellos que compilan en otra parte los artículos de su Símbolo. Por esta Iglesia han conservado los fieles esparramados por todos los lugares la tradición apostólica.» Sí, la sola serie de soberanos Pontífices de Pedro á Pío IX es una prueba palpable y gloriosa de que es apostólica. ¡Ninguna otra Iglesia es apostólica! Para confundir á las otras sectas cristianas, basta recordarles el nombre de sus fundadores, Arrio, Nestorio, Eutiques, Focio, Socino, Lutero, Calvino, Enrique VIII, Jansenio, etc., etc.

Una.—No hay sociedad sin unidad, sin programa universalmente adoptado, sin constitución libremente consentida. Jesucristo manda que sus discípulos sean unos, como su Padre y él son uno, quiere que sólo haya un redil y un pastor. Esta unidad es necesaria y esencialmente triple; unidad en la fe, unidad en la participación á los mismos sacramentos, unidad en la subordinación á un mismo pastor; *un solo cuerpo y un solo espíritu; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo*, decía san Pablo. Esta triple unidad es completa y absoluta en la Iglesia católica. No existe, no puede existir en las otras Iglesias, ó mejor dicho en las otras sectas cristianas, que toman por dogma fundamental el principio mismo de la división intestina, la libertad de exámen, la interpretación privada de la santa Escritura, la inspiración personal, etc. En vano es que para conciliarse una especie de unidad, inventan la distinción entre los dogmas fundamentales y los secundarios; porque Jesucristo ha reprobado anticipadamente esta distinción sacrilega; no quiere que se omita un solo *ápice* ó un solo punto de su doctrina ó de sus mandamientos. Y además si se trata de las Iglesias protestantes de Alemania, Inglaterra y Francia, la división ha llegado á ser tan profunda en estos últimos años, que se extiende al dogma capital de la divinidad de Jesucristo.

Santa.—Jesucristo, dice san Pablo, se dió á su Iglesia á fin de santificarla, y para que fuese pura y sin mancha. Manda á sus miembros que sean santos y perfectos como su Padre celestial es perfecto; la promete estar con ella hasta el fin de los siglos, en la santidad y la justicia. Pues bien, la Iglesia católica ha contado y cuenta siempre en su seno un gran número de santos; ella sola tiene el privilegio y el secreto de las virtudes heroicas, ella sola ejerce el derecho de beatificación ó de canonización. En las otras Iglesias ni aun se aspira á la santidad, y sobre todo á las virtudes heroicas, no se dá á nadie el nombre de santo; no se beatifica, no se canoniza! La Iglesia católica es, pues, la única santa en la verdadera significacion de la palabra.

Católica.—La catolicidad es la universalidad en la unidad. Jesucristo envió sus Apóstoles á enseñar á todas las naciones, con orden de enseñarlas á guardar fielmente su doctrina y mandamientos. Y efectivamente, los Apóstoles fueron predicando por todas partes los mismos dogmas y la misma moral, administrando por doquiera los mismos sacramentos, sometiendo por todos los lugares á la misma autoridad á los cristianos, etc.; de manera que por un milagro verdaderamente extraordinario, la Iglesia fué católica al nacer. La Iglesia romana es eminentemente católica; cuenta no solamente miembros, sino Iglesias y obispos en el mundo entero. Sentado en la cátedra de Pedro en Roma, centro de su unidad, su Jefe supremo, por doquiera y por lejos que dirija sus ojos, vé siempre pueblos sumisos á su autoridad. Verdaderamente Dios le ha dado todas las naciones por herencia. Por ella y por ella sola se cumple la grandiosa profecía de Malaquías: «Desde donde nace el sol hasta donde se pone, grande es mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se sacrifica y ofrece á mi nombre ofrenda pura, dice el Señor.» La más elocuente manifestacion de que la Iglesia es visible, apostólica, una, santa y católica, es el santo sacrificio de la misa celebrado á todas horas, casi en todos los minutos, en la superficie entera del globo.

Indefectible é infalible.—Jesucristo prometió estar con su Iglesia hasta el fin de los siglos. La envió su Paráclito, el Espíritu de verdad que debe habitar con ella siempre. Él ha dicho: «Aquel que os oye me oye.» Esta indefectibilidad se la atribuye únicamente la Iglesia católica. Sólo, en efecto, ella la posee, la ejerce desde su origen, firme en las promesas formales de Jesucristo, fundándose en el principio de que Dios no habria dejado bastante asegurado el depósito de la fe, si no hubiese constituido un juez supremo que falle sin apelacion, que decida infaliblemente. Ninguna Iglesia aspira á la infalibilidad; todas se contentan con presentar á sus adeptos, en las santas Escrituras, un código que interpretan con asistencia del Espíritu Santo á quien no ven, sin juez infalible de hecho y de derecho.

Además de esta indefectibilidad prometida á la Iglesia representada por el Soberano Pontífice y los obispos, jueces de la fe, además de la infalibilidad propia á los concilios inspirados por el Espíritu Santo, la Iglesia católica está dotada de otra infalibilidad prometida á Pedro, encargado por Jesucristo de apacentar los corderos y las ovejas. Y cuando llegó el momento, reunida en concilio ecuménico en el Vaticano, proclamó dogma de fe la infalibilidad del Soberano Pontífice romano hablando *ex cathedra*, ó fallando en materias de dogma, moral, disciplina, como juez supremo y dirigiéndose á la Iglesia entera.

Infalible en sí misma y en su jefe, la Iglesia católica romana, es más que toda otra la ciudad edificada sobre la montaña, que no puede ocultarse á ninguna mirada. Es un faro, á cuyos fuegos brillantes, á cuyos rayos sólo escapan los ciegos voluntarios.

En resumidas cuentas, sólo la Iglesia católica, apostólica romana puede invocar en su favor las profecías, los milagros; sólo ella puede afirmar que es visible, apostólica, una, católica, santa, indefectible é infalible; luego ella es divina y sólo ella divina.

Su divinidad resultará más todavía de los esplendores de la Fe.

Capítulo quinto.—Primer esplendor de la fe.—Todas las generaciones me dirán bienaventurada. (Luc., c. I, v. 48.) —Una niña nació en Judea del matrimonio, por mucho tiempo estéril, de Joaquin y Ana. Presentada en el templo á la edad de tres años, fué criada á la vista de los sacerdotes en la más profunda soledad. Salió del templo, como á los catorce años, para desposarse con José, descendiente como ella de los reyes de Judá, modelo cumplido de todas las virtudes, pero humilde y pobre carpintero. Fué á habitar en Nazareth en una muy modesta habitación, que podemos ver todavía hoy en Loreto, ciudad de Italia.

Un día que oraba con fervor, el arcángel Gabriel la saludó con estas palabras extraordinarias: *Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre las mujeres.* Turbada María, tiembla y se pregunta lo que puede significar esta salutación misteriosa. El Angel la dice: *No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. Concebirás y parirás un hijo; este será llamado hijo del Altísimo. Se sentará en el trono de David, y su reino no tendrá fin.* María, más admirada y confusa todavía, afirma que esta concepcion y alumbramiento son imposibles para ella que ha hecho voto de una virginidad inviolable. El Angel la interrumpe diciéndola: *El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y te hará sombra la virtud del Altísimo. Por eso lo Santo que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios.* María inclina la cabeza diciendo: *Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra. Y el Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros.*

Apenas el Angel subióse á los cielos, cuando María, transportada por una ardiente caridad, corre á ofrecer sus buenos servicios á su prima Isabel, cuya milagrosa preñez le habia revelado el Angel. Entra en la casa de Zacarías y saluda á Isabel. Al instante sintió Isabel que daba sal-

tos la criatura que llevaba en su seno, é inspirada por el Espíritu Santo exclama: *¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Y de dónde esto á mí, que la madre de mi Señor venga á mí? María, inspirada y transportada á su vez, exclama: «Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador; porque me ha hecho grandes cosas el que es poderoso. Porque miró la bajeza de su esclava, hé ahí que ya desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.»*

Algunos meses más tarde, María dá al mundo, en las puertas de Belen, en un establo abandonado, al Hijo anunciado por el Angel; ella lo colocó en un pesebre carcomido; y al instante gran número de ángeles hicieron resonar por los aires este canto de triunfo y amor: *Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.*

He creído debía hacer en resumen este relato evangélico; prescindamos ahora de lo que contiene de maravilloso para detenernos únicamente en estas sencillas palabras: *¡Desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones!* Cuando fueron escritas por san Lucas, el compañero fiel de apostolado de san Pablo, María vivía todavía en Éfeso con Juan, el discípulo amado que la habia aceptado por madre. Más tarde habiendo vuelto á Jerusalem, ciudad llena de recuerdos de la vida y de los sufrimientos de su divino Hijo, murió consumida por el amor. San Dionisio Areopagita cuenta que los apóstoles á dispersos, advertidos por voces celestiales, encontráronse al pié del lecho en el cual María se durmió en el Señor, rindiéronla respetuosos homenajes, y la proclamaron de nuevo bienaventurada. Lo cierto es que en el concilio de Jerusalem, el primero de los concilios, al formular el Símbolo augusto que lleva su nombre, enseñaron al mundo entero á hacer este solemne acto de fe: *Creo en Jesucristo, hijo único de Dios, que nació de la Virgen María.* Este es el punto de partida del culto particular de hiperdulia, del cual de aquí en adelante será María objeto en el mundo cristiano.

Una piadosa combinacion de las palabras del Angel, de la saluacion de Isabel, y de las invocaciones escapadas de los labios de los primeros devotos de Maria, hizo nacer en buena hora la deliciosa oracion *Ave, Maria: Dios te salve, Maria*. Entrada en los hábitos de la Iglesia, recitada por la mañana, por la noche, muchas veces entre dia, por los fieles de todos los países, la Saluacion angélica es por sí sola el más maravilloso cumplimiento de la profecía salida de la boca de Maria: *Me dirán bienaventurada todas las generaciones*.

Desde los primeros siglos de la Iglesia fueron consagradas capillas á Maria en la cueva de Getsemani y sobre el monte Carmelo. El templo de la Fortuna de Éfeso convirtiéndose en santuario de la *Panagia*, de la Santísima Virgen, como el Panteon de Roma convirtiéndose en Santa Maria de todos los Mártires. Y ya en tiempo de Constantino vióse edificar, en un sitio designado milagrosamente, la magnífica basilica de Nuestra Señora de las Nieves ó de Santa Maria la Mayor, gloriosa reina de todas las iglesias consagradas á Maria. Créese comunmente que san Lucas, pintor hábil, escogido por patron por los artistas cristianos, hizo muchas veces el retrato de Maria, y que algunas de sus Madonas son todavia veneradas hoy en las iglesias de Roma: la más celebre es el principal ornamento de Santa Maria la Mayor. En todo caso se han encontrado en las paredes de las catacumbas imágenes de Maria que datan del tercero, del segundo y aun del primer siglo de la Iglesia. En una de ellas la Virgen está sentada, teniendo al divino Infante sobre sus rodillas y extendiendo sus brazos en ademán de orar; el pintor ha dibujado á derecha é izquierda el monograma de Cristo. En gran número de otras pinturas, Maria está representada en esta misma actitud de oracion, pero sola, con esta inscripcion abrumadora para los incrédulos: *Maria Virgo, Ministere du temple Gerosale*.

Los Padres de la Iglesia y los escritores eclesiásticos proclamaron á porfia bienaventurada á Maria. Desde san Clemente papa, segundo sucesor de san Pedro, hasta san

Bernardo y san Francisco de Sales, es un concierto unánime de entusiastas alabanzas y súplicas ardientes. Llenan cuatro grandes volúmenes de la *Summa Aurea de Lavandibus Beate Virginis*, Migne, 1862.

El nombre, la conmemoracion, la invocacion de Maria han tenido lugar en todas las liturgias, partiendo de la de Santiago, la más antigua de todas. No contentándose con invocarla en la celebracion de los santos misterios, en los momentos más solemnes, antes y despues de la consagracion, la Iglesia ha comenzado por celebrar en hora buena los misterios y las circunstancias gloriosas de su vida: sus desposorios, su purificacion, la expectacion de su parto, su anunciacion, su compasion, su visitacion, su asuncion, su natividad, sus siete dolores, su pureza, su maternidad, su concepcion immaculada. Estas solemnidades tan numerosas no bastaban; la Iglesia ha querido que todos los sábados libres fuesen fiestas de Maria. No era esto bastante todavia; el calendario de Maria ha ido aumentándose cada dia de siglo en siglo. Sucesivamente se han hecho festividades: Nuestra Señora de Loreto, Nuestra Señora del Monte Carmelo, Nuestra Señora Auxilio de los cristianos, Nuestra Señora del santo Rosario, la Madre del amor hermoso, la divina Pastora, el santo Nombre de Maria, el Patrocinio de Maria, etc., etc. Y todas estas fiestas recientes recuerdan sucesos grandiosos que son para Maria brillantes triunfos, proclamados por la Iglesia universal: la batalla de Lepanto, el levantamiento del sitio de Viena, la derrota de los Albigenses, la toma de La Rochela, la vuelta de Pio VI y Pio VII á Roma, etc., etc.

Además de las invocaciones litúrgicas y de sus fiestas, la Iglesia ha compuesto en honor de Maria antifonas é himnos más admirables, más tiernos los unos que los otros, y que la proclamaban bienaventurada bajo todas las formas posibles. Cada uno de estos himnos ó antifonas ha inspirado una deliciosa melodia, que se canta despues de tantos siglos con una emocion siempre nueva. La mayor parte de sus oraciones, así como las devociones particu-

lares de María, el Escapulario, el Rosario, el Angelus, etc., recuerdan por otra parte sucesos milagrosos, grandes beneficios de la bienaventurada Madre de Dios. En el siglo xiii, poderosas sectas maniqueas, los paturones, los valdenses, los albigenses, etc., hacían á la Francia y á la Iglesia una guerra implacable. Santo Domingo les opuso la devoción del santo Rosario, y fueron vencidos cuando se creían más seguros de la victoria. Cuando todo el Occidente entero se arrojó en cierta manera de sus fundamentos para arrojarse sobre el Oriente, y marchar á la conquista de los Santos Lugares; los papas Urbano II, Juan XXII, Calixto III ordenaron que el Ave María fuese recitada tres veces al son de la campana, por la mañana, al medio día y á la tarde, por todo el mundo y de rodillas. Hoy todavía despues de algunos siglos, el Angelus resuena tres veces cada día, de suerte que no hay un minuto del día ó de la noche en que María no sea proclamada bienaventurada, visible y solemnemente.

Los herejes no podían atacar á Jesucristo sin atacar á su divina Madre. Se insurreccionaron, pues, contra María. Arrio negó que el Hijo de Dios fuese consubstancial á su Padre en su divinidad, como tambien que fuese consubstancial á María en su humanidad. Nestorio disputó á María su maternidad divina. Joviniano osó blasfemar contra su triple virginidad, etc., etc... Estos violentos ataques fueron para María el motivo de los más brillantes triunfos. Los Padres de la Iglesia, los soberanos Pontífices, los Concilios particulares y generales tomaron su defensa con una energía verdaderamente divina y la proclamaron con más solemnidad bienaventurada y gloriosa. Cuando el pueblo de Éfeso supo la condenación de Nestorio, dió grandes gritos de alegría, colmó de bendiciones á los Padres del concilio, y los acompañó, iluminándoles el camino con antorchas hasta sus moradas. La atmósfera de la ciudad fué embalsamada al instante con perfumes quemados en honor de María Madre de Dios, el entusiasmo llegó á su colmo, las lágrimas corrían por todas las mejillas.

María ha sido sobre todo proclamada bienaventurada en los bendecidos santuarios de los lugares de peregrinación, que sobre toda la superficie de la tierra van multiplicándose sin cesar desde las primeras edades del cristianismo hasta nuestros días. Todos, en número de más de mil doscientos, han tenido por origen un suceso sobrenatural, una aparición celeste, una gracia insigne obtenida, un prodigio obrada por ella, etc., etc. Todos tienen su estatua milagrosa, al pié de la cual millares de peregrinos, venidos muchas veces de muy lejos, han orado y oran con fervor siempre antiguo y siempre nuevo.

En la Edad media, la devoción á María tomó un impulso verdaderamente magnífico: todas las ilustraciones de la época, san Francisco de Asís, san Buenaventura, Escoto, Alejandro de Ales, Alberto el Grande, san Bernardo, etc., fueron devotos entusiastas de María. Para los sabios y los escritores de estas edades de fe, María era como un espejo divino en el cual todas las verdades teológicas ó especulativas, todos los hechos de la historia de la Religión venían á reflejarse. Cuando el genio creyente inventó la arquitectura gótica con su arco diagonal, símbolo del pensamiento cristiano aspirando al cielo, elevó sus más bellos monumentos á la gloria de María. En Francia solamente, de nuestras ochenta y tres catedrales, treinta y seis están dedicadas á María.

Partiendo desde la Edad media las letras y las artes celebran á porfia las glorias de María. Los pintores Bellini, Cimabue, Fra Angelico, Memling, Alberto Durer, le consagraron sus más bellos lienzos. A un despues que el Renacimiento hubo en cierto modo paganizado el pincel, los maestros más ilustres, Perugini, Rafael, Guidi, Tintoretto, los Carraccio, Murillo, Mignard, Rubens, etc., jamás fueron inspirados mejor que cuando reprodujeron la graciosa imagen de María madre de Dios. Los escultores á su vez, Miguel Angel, Lucca della Robbia, Donatello, Bouchardon, Canova, Bonnassieu, han esculpido admirablemente las glorias de María. Los músicos Haydn, We-

ber, Pergoleso, Beethoven, Mozart, Haendel, Rossini, Gounod, etc., las han cantado con mares de armonía; sus *Aves Marías*, sus *Regina celi*, sus *Stabat* cuéntanse en el número de sus obras maestras. Los poetas, en fin, desde Sedulio hasta Santeuil, desde los Trovadores hasta Lamartine y Victor Hugo, han cantado sus alabanzas.

Un sentimiento profundo de respeto y veneración había hecho tímidos á los primeros cristianos tal vez hasta el exceso; apenas habían osado dar á sus hijas el nombre augusto y suave de María. Pero poco á poco, á medida que la devoción hácia la Madre de Dios y de los hombres fué creciendo, alentáronse, y el nombre de María llegó á ser más y más universal. Hoy el mayor número de niñas considérase feliz y envanécese de llevarlo. Y es una de las más gloriosas glorificaciones de María esta multitud diligente que, la vigilia de la fiesta de la Asunción, recorre en todos sentidos nuestras grandes ciudades, llevando en la mano ramilletes de flores que va á ofrecer á nuestras innumerables Marías.

¿Y qué decir de este número maravilloso de familias religiosas, órdenes de caballería, congregaciones ó asociaciones piadosas, de hombres, mujeres, jóvenes, doncellas, niños, que se han agrupado en todos los siglos bajo el estandarte de María, cumpliendo así el oráculo del Profeta? «Serán llevadas al rey vírgenes en pos de ella, serán traídas con alegría y regocijo: en lugar de tus padres te han nacido hijos.» (Ps. XLIV, vv. 15, 16 y 17.)

Desde el principio del segundo siglo de la Iglesia hasta el diez y nueve, el oráculo se había cumplido: todas las naciones de la tierra habían proclamado bienaventurada á María! Pero era preciso, para que el oráculo llegase á su colmo, que la profecía se realizase con más brillo todavía en el siglo diez y nueve, y que nuestro siglo fuese más que cualquier otro siglo de María. Su principio fué señalado con una devoción nueva, dulce y tierna entre todas; esta no fué sólo un día, sino un mes entero, el bello mes de Mayo, con sus flores, sus perfumes y sus cantos,

del cual se hizo una larga fiesta de María, y que se celebra hoy en el mundo entero. Despues del mes de María vino en 1830 la Medalla milagrosa, revelada á una hija de la Caridad, con su obligatoria invocación: «O María concebida sin pecado, rogad por nosotros que hemos recurrido á Vos,» medalla que brilla hoy en millares de millones de pechos bendecidos. Presto en 1836 nació la archicofradía de Nuestra Señora de las Víctimas, á la cual están asociadas ya 174,441 entre diócesis y parroquias. El número de cirios que queman á cada instante ante su altar privilegiado es de más de 100, la cantidad de cera consumida cada año excede de 100,000 francos. Al fin de marzo último, el número de los *ex-votos* suspendidos en sus paredes era de 1871; en el oficio de la tarde del domingo las recomendaciones venidas del mundo entero atestiguan la enorme cifra de 25,000, 100,000 cada mes, 1,200,000 cada año. ¡En ninguna parte y en ningún siglo, María fué proclamada bienaventurada con más entusiasmo!

¡Y las apariciones de la Saleta, en 19 de diciembre de 1846; de Lourdes, en febrero de 1855; de Pontmain en 17 de febrero de 1871, con sus arroyos milagrosos, sus santuarios magníficos, sus multitudes de peregrinos venidos de todas las partes del mundo, y los innumerables prodigios que se obran en ellos cada año! ¡Y la manifestación completamente reciente de María á dos niños de corta edad en el bosque de Marpingen, que tanto ha irritado al enemigo personal de la Iglesia y de la Francia!

Hace algunos días, la peregrinación anual de la *salud* tenía el noble valor de llevar á Lourdes *doscientos enfermos*, cuyo estado era tan grave que muchos estuvieron á punto de morir en el camino. ¡Todos fueron aliviados ó consolados! Veinte han sido milagrosamente curados. Jamás María se ha mostrado más generosa, más llena de ternura por la Francia. Al mismo tiempo veinticinco mil peregrinos, con la reina madre de Baviera á la cabeza, rodean el bosque de Marpingen, como arrojando un reto al perseguidor que temblaba de coraje. Es que en efecto, en un mo-

mento dado, Nuestra Señora de Lourdes y de Marpingen, fuerte como un ejército ordenado en batalla, asegurará el triunfo de la Francia y reparará todas sus pérdidas.

Es, pues, verdad, con una verdad absoluta y brillante, que hoy como en la Edad media, más que en los primeros siglos de la Iglesia, en el universo entero, la gloria de María es como el sol en el firmamento. Es preciso hacerse ciego para sustraerse al brillo de sus rayos evidentemente divinos.

Entre María inmaculada en su concepcion y tres veces virgen, antes del parto, en el parto y despues del parto; entre María Madre de Dios y María proclamada bienaventurada por el universo entero, por los reyes y por los pueblos, por todas las potestades del mundo, la santidad, el génio, la elocuencia, la poesia, la arquitectura, la pintura, la escultura, el grabado, el dibujo, la música, etc., etc., hay la proporcion del efecto á la causa y de la causa al efecto, es el milagro engendrando el milagro. ¡Entre María, mujer comun, esposa vulgar, madre de muchos hijos, uno de los cuales fué un sabio con algo de impostor (segun M. Renan y el libre pensamiento), pues que se proclamaba Dios, hay un abismo insondable. ¡Esto seria un edificio colosal fundado sobre el vacio! Despojando á María de sus prerogativas, de sus privilegios, de su prestigio, M. Renan ha centuplicado la claridad del milagro. ¡Ha convertido lo absurdo en sobrenatural y divino!

¿Y qué seria esto si describiésemos el cuadro verdaderamente admirable y divino de la influencia del culto de María sobre la condicion de la mujer, sobre la vida de los individuos, de las familias y de las sociedades? María es propiamente hablando el alma del mundo cristiano; es ella sobre todo quien ha formado á los santos, y todos los santos han tenido por ella una tierna devocion. Cada dia se verifica esta promesa divina: Israel será tu herencia, echa tus raíces en el corazon de los escogidos.

Exclamemos, pues, concluyendo: María habia anunciado y predicho que todas las generaciones la proclamarían

bienaventurada; el oráculo se ha cumplido en todas sus condiciones maravillosas. Es á la vez una grandiosa profecía y un brillante milagro. Luego María es Madre de Dios. Luego la fe cristiana es divina. Luego, entre todas las iglesias, la Iglesia católica, apostólica, romana, resplandece divina, pues que ella es por excelencia la Iglesia de María, y resplandece únicamente divina, puesto que solamente en su seno ha tomado el culto de María su pleno desarrollo; puesto que es ella la que, más que todas las otras juntas, proclama bienaventurada á María.

Capitulo sexto.—Segundo esplendor de la Fe.—Mis ojos han visto al Salvador que viene de tí, que has aparejado ante la faz de todos los pueblos, luz que se revelará á las naciones. (Luc., c. II, vv. 30, 31, 32).—Cuando llegaron los dias de la purificacion y de la presentacion, José y María llevaron al niño á Jerusalem, y lo presentaron al Señor en el templo; llevaban al mismo tiempo dos palominos, que debian ofrecer para rescatarle. Pero habia en Jerusalem un hombre llamado Simeon, justo y temeroso de Dios, lleno del Espíritu Santo y que esperaba el consuelo de Israel. Llevado por una inspiracion interior, fué al templo, tomó al pequeño infante Jesús en sus brazos y exclamó: «Ahora, Señor, deja morir en paz á tu siervo, segun tu palabra, pues que mis ojos han visto al Salvador que viene de tí, que has aparejado ante la faz de todos los pueblos, para ser la luz que iluminará á todas las naciones.»

El santo viejo inspirado proclama, pues, en alta voz que el pequeño infante por el cual José y María han pagado el rescate de los pobres, es: 1.º la salud enviada de Dios y ofrecida á todos los pueblos; 2.º la luz que se revelará á las naciones. ¡Hé aquí el oráculo, la profecía clara, solemne, brillante! Cuando san Lucas lo escribia, los apóstoles sólo estaban todavía al principio de su apostolado. ¿Se ha cumplido el oráculo? ¡Evidentemente! El mundo está lleno de la salud de Dios é inundado con la luz de Jesucristo. El cumplimiento del oráculo se ha convertido á